

*y para entrar en sus salas,
donde no hay techo ni suelo,
un dios me presta las alas
—pero no es un dios del cielo.*

Subrayamos el último verso porque nos refiere a la visión pagana, de carácter pánico, que ya hemos visto y estudiado en la obra anterior de Crespo. Es evidente que ese «dios del cielo» se refiere al dios cristiano que el poeta le parece excluyente.

Por otra parte, esta interpretación de la literatura mística es la más apropiada, ya que la poesía mística es precisamente palabra del éxtasis místico, palabra del silencio, único posible frente a la *Verdad*. Cuando Hölderlin fue fulgurado por la Visión en un bosque de Francia, traspasó los límites de la razón. La locura poética, de la que habla Platón, es convivencia con el misterio, es, en el límite, silencio. Prestar palabra al silencio es la difícil tarea del poeta, de todo poeta.

Desde este punto de vista es profundamente significativo el poema titulado «Walt Whitman». Una comprensión total nos parece posible únicamente en el contexto de la religión dionisiaca primitiva que es en la que es decisivo el contraste entre lo uno y lo múltiple ya recordado y que aquí aparece simbolizado en la dicotomía yo-todo, donde el yo poético, en la búsqueda incesante de sí mismo, se encuentra con lo otro.

*Buscándote a ti mismo, te encontrabas en todas las cosas,
Y cada una de ellas era una sílaba del nombre fingido de Dios,
Y tú las anotabas una por una con la sola esperanza de poder descifrarlo un día,*

Determinante para nuestra interpretación esotérica es la parte siguiente del poema:

*de descubrir tu propio rostro en el espejo hecho de arena de luz,
pues sabías que el hombre sólo se justifica
si busca la unidad de lo que, misteriosamente unido,
se fragmenta a sus ojos para que su mirada se haga más pura,
no negando aquello que ve, sino buscando lo que, a fuerza de brillar, se nos oculta*

En la religión dionisiaca primitiva Dioniso-niño es presentado rodeado de juguetes, entre los que resaltan dos que nada tienen que ver con la inocencia del niño: unos dados y un espejo. Los unos indican el carácter de riesgo que implica toda creencia religiosa o el fenómeno mismo de la existencia. El segundo indica o mejor aún desvela toda una visión metafísica que llega hasta Platón y vuelve a surgir potenciada en Plotino y los neo-platónicos.

La dicotomía apariencia-realidad a la que corresponde la bipolaridad innata de la naturaleza humana, tanto en el tiempo —vida: muerte— como en el espacio—yo: lo otro, es inexorablemente conflictiva. Por el *iter* esotérico el conflicto se resuelve con la negación de uno de los términos, el sensible, en el que únicamente cabe la lucha de los contrarios.

Este poema tiene la resonancia de una visión neo-platónica, plotiniana, del mundo como imagen, como reflejo de lo Uno ⁵.

En efecto Plotino no negaba el valor del mundo de las apariencias en tanto que emanación de lo Uno, pero reconocía su relatividad.

Justamente en este contexto el poema analizado adquiere todo su significado, tanto más en cuanto el poeta recurre, en el último verso que hemos subrayado, al símbolo de la luz, que encontramos en todo el pensamiento de Plotino.

Al estudiar la obra poética de Angel Crespo desde *Una lengua emerge* (1950), podría el crítico preguntarse cómo ha llegado el poeta desde la poesía «cotidiana» a la poesía visionaria sin perder coherencia.

Si logramos entender la poesía como un esquema, una estructura vital de conocimiento, comprenderemos claramente que el poeta pasa por diferentes etapas, desde la cotidiana-inmanente hasta la visionaria-transcendente, sin eliminación, sino en una especie de espiral ascendente en la que cada época es asumida en la posterior hasta la plena integración de bodas en la meta final. Así en Angel Crespo la visión casi plana de los comienzos, cuando las cosas eran cosas y hablaban por sí mismas, en su realidad sensible y sensual, es, al final, visión pluridimensional en la que domina el símbolo por su cualidad inherente de sugerencia y sugestión. Se trata generalmente, según la terminología de Bousoño, de simbolismo irracional que procede de una captación preconsciente de cierta realidad y produce en el lector una emoción poética desligada de la comprensión racional y antecedente a ella ⁶.

La plurisemia propia de toda obra literaria está en los últimos libros de Crespo —en función de la visión mágica.

Parnaso confidencial posee además una dimensión estrictamente lírica en la que la palabra es la totalidad del decir poético. Por este motivo no podía faltar en este Parnaso los poetas luminosos, de palabras de intensa musicalidad como Rubén Darío, o elevadas al más intenso lirismo, sin rastros anecdóticos, como Juan Ramón Jiménez.

El poema dedicado a este último es juanramoniano con el famoso símbolo de la rosa, la complacencia colorística y el canto puro al verso que quiere ser sólo verso:

*de un verso que quiere ser
luz, y a la luz vuelve verso.*

A Juan Ramón, de quien Crespo ha estudiado, descubierto y entendido todas las dimensiones creativas, dedica también el poema titulado: «Variaciones sobre un tema de Juan Ramón Jiménez» y el tema es la rosa.

La emoción producida por el poema de forma espontánea, antes de cualquier análisis, indica que aquí el símbolo —la rosa— ha trascendido los límites de lo simbolizado —la fragilidad y fugacidad de la vida humana—, y apunta a una visión espiritual con carácter ascendente.

⁵ Se trata de la consecuencia necesaria de la teoría emanatista; la encontramos en toda la obra de Plotino y desarrollada especialmente en la Enéada V.

⁶ CARLOS BOUSOÑO, *El irracionalismo poético (el símbolo)*, Madrid. Ed. Gredos, 1977.

Cada estrofa aumenta, en el sentido de penetración, el espacio vivencial poético que el lector hace suyo según la comprensión, va escribiendo círculos alrededor de la emoción suscitada por la presencia invisible pero sugerida de una totalidad que por ser tal es todo y nada.

El tema es un pretexto, pero como todo pretexto poético auténtico, ha sido él que ha desatado en el espíritu del poeta el nudo del misterio en el que vive lo inefable en la espera de la palabra liberadora. Y una vez más Angel Crespo nos muestra su intuición de la realidad única, que es al mismo tiempo color, sonido, forma, movimiento y calma, oscuridad y luz. La rosa poética es camino hacia lo Uno:

*Todas las rosas son la misma rosa
preparan su camino de regreso
a la rosa total, todas las rosas.*

Así se inicia el poema, con la anticipación de la conclusión, ya que en ese mundo intuido el principio coincide con el fin.

Este poema, en el que cada estrofa tiene vida autónoma, nos recuerda el libro-poema *La pintura* (1955), de su primera época. Allí también existía esa autonomía de las estrofas, ese poema hecho de poemas; pero aquí la palabra es más etérea, menos sensual, más música líquida. El uso reiterado de la aliteración produce el efecto que los versos se persigan unos a otros como las notas en una composición de Vivaldi o de Boccherini. En éstas el encaje bordado por las notas ilumina la profundidad de la visión espiritual que ningún concepto puede ya describir.

La selección de los poetas y artistas de este Parnaso lo explica el propio Crespo en el «Apunte» al libro, diciendo: «... conforme mi comunicación con los demás me vaya enseñando a comprenderlos mejor y, como consecuencia de ello, a leerme en sus versos...». La poesía es una y los poetas son sus heraldos: anuncian su presencia.

MARÍA TERESA BERTELLONI
Box 5221 R. U. M.
MAYAGÜEZ, P. Rico, 00709
U.S.A.